

ya á perturbar su clara inteligencia  
la fiebre comenzaba,  
y exaltada la niña, en su inocencia,  
á intervalos serena, prorrumplía:  
— Si escuchase estas cosas, ¿qué diría  
mi padre, que es tan bueno, y me enseñaba  
la piedad, el perdón y la paciencia? —

## IX

Como á la estancia aquella  
un extenso jardín la circundaba,  
junto á la niña enferma se aspiraba  
un perfume de flor que se ignoraba  
sí procedía del jardín ó de ella.

Crecía con el mal la calentura,  
y, ya oraba la pobre criatura,  
ya uniendo las ideas con trabajo  
me acariciaba hablándome muy bajo;  
y cuando ya, inconexos, terminaban  
los rezos que sus labios dedicaban  
á su padre, á su madre y sus hermanos,  
poniéndolas en cruz, se acariciaban  
cual dos palomas sus redondas manos.

Y en el postrer momento  
fué la tórtola viuda  
su gran remordimiento,  
pues eran tal su horror y sentimiento,  
que el alma de aquel pájaro sin duda  
inquieta al morir su pensamiento.  
¡Así, niña querida,  
á aquella criatura  
cuya memoria pura  
tendrá fin con mi vida,  
después de tan horrible calentura,  
llegó la muerte y la llevó dormida,  
mientras yo, inconsolable,  
cuando su almita desplegaba el vuelo,  
por la parte del cielo  
oía cierta música inefable!...

## X

De este modo llegó, como jugando,  
el más largo y más hondo de mis duelos.  
¡Conforme sopla el viento, va arrastrando  
sueños del hombre y nubes de los cielos!  
Y ¿nunca más, alma del alma mía,  
he de volver á verte?  
¡Cuánta razón tenía  
la antigua poesía  
que puso al lado del placer la muerte!  
¡Adios, días serenos,  
que, hundiéndolos de la noche en el abismo,  
dejáis mis ojos de tinieblas llenos!

¡Murió! ¡Cómo ha de ser! ¡Siempre lo mismo!  
¡Una tristeza más, y un sueño menos!

## XI

¡Llora por mí, Pepita encantadora;  
y hoy que el pesar mi corazón traspasa,  
ven, por piedad, á reemplazar ahora  
á aquella ave cantora  
que ahuyentaba el dolor de nuestra casa!

Tu mano compasiva  
cierre mi herida para siempre abierta,  
porque es muy justo que la niña viva  
me alivie de la pena de la muerta.  
Y evitando el atroz remordimiento  
de no ser fiel al quinto mandamiento,  
te ruego, por lo mucho que me quieres,  
hada, como ella, buena y hechicera,  
que mientras seas niña, como hoy eres,  
no ofendas á una tórtola siquiera:  
y teniendo presente la experiencia  
de aquella criatura  
de quien fué el torcedor de su conciencia  
un pájaro, que es sólo en la Escritura  
emblema del candor y la inocencia,  
cuando llegues á ser en adelante  
más amada que amante,  
como una mujer bella es tan terrible,  
¡honor de Portugal, gloria de España!  
al poner esos ojos en campaña  
no mates á ninguno, si es posible.

## XII

¡Santo Dios! ¡Quién creería  
que, antes que yo, á la tumba bajaría  
la que, templando de mi edad las penas,  
junto á la mar un día y otro día,  
rebotando alegría,  
después de coger conchas y azucenas  
mecida en mis rodillas se dormía!  
¡Adelante, ansias mías, adelante!  
Muramos con la niña idolatrada.  
Mas ¡ay! si para el pobre caminante  
es larga todavía la jornada,  
¿no habrá un recuerdo amante  
de mi vida pasada  
que á aligerar constante  
venga el dolor de mi alma destrozada?...  
¡Gracias, gracias, espíritu radiante  
de mi madre adorada,  
porque al verme llorar, desconsolada,  
has venido á abrazarme en este instante!

## LA CALUMNIA

FORMA EN DOS CANTOS

Dedicado á mi querido amigo y paisano el Sr. D. Cayetano Sánchez y Bustillo

## CANTO PRIMERO.—DICEN QUE DICEN...

## I

Es Marcela una esposa honrada y bella;  
pero Jorge, su esposo,  
ó por falta de juicio, ó por celoso,  
ve con despecho gravitar sobre ella  
el peso de un enigma misterioso.

Aunque Marcela ignora,  
como alma casi exenta de pecado,  
qué causa le ha robado  
el corazón del hombre á quien adora,  
esa innoble y común maledicencia  
que añade á lo entrevisto lo inventado,  
con reticencias viles  
va trazando, trazando, de ella en torno  
los siniestros perfiles  
de unas vagas sospechas sin contorno;  
y siendo una beldad tan candorosa,  
y de pureza tanta,  
que apostar se podría cualquier cosa  
á que, más que mujer, es una santa,  
ya siente una tristeza sin objeto,  
pues sabe que en la vida  
se hace verdad mentira repetida;  
y aunque lleva en sí misma su respeto,  
para arrancar del corazón humano  
la dicha y el reposo,  
basta el aire sutil de un dicho vano,  
como basta un gusano  
para perder el fruto más hermoso.

## II

Lo cierto es que Marcela, que era buena,  
llegó á saber con pena  
que su nombre llevaba  
el sello de un destino misterioso,  
y á creer comenzaba  
que una fuerza invisible la arrastraba  
envuelta en un torrente cenagoso,  
pues una vez que con su airoso talle  
de algunos hombres la atención se atrajo,  
dijo uno de ellos, al volver la calle:  
— Tiene esa joven... — y se hablaron bajo.

## III

Y en sitios y ocasiones diferentes,  
escuchando á esas gentes  
que de todo maldicen,  
con terror este diálogo oyó un día:  
— Dicen que dicen... — una voz decía.  
— Pero ¿qué dicen? — ¿Qué? Dicen que dicen...  
Así era su virtud inmaculada  
poco á poco empañada,  
con ese vago modo  
con que acostumbra á suponerlo todo  
el que no sabe nada;  
pues es cosa probada  
que la calumnia astuta  
crece también entre la gente honrada  
como en un bosque virgen la cicuta.

## IV

Mas ¿por qué Jorge, que á sentir comienza  
un malestar no exento de vergüenza,  
sabiendo que Marcela es inocente  
y siendo él además tan buen marido,  
de noble y de galán se ha convertido  
en un hombre vulgar é inconveniente?  
¿Por qué? Porque en calumnia convertida  
cualquier maligna chanza,  
la más serena vida  
llega á ser un infierno sin salida,  
sin amparo, sin luz, sin esperanza.

Y como de ella al corazón herido,  
cada vez más la duda la exaspera,  
ya mira á su marido  
con un poco de lástima altanera;  
y el desdichado esposo,  
con rostro enjuto y aire desdeñoso,  
teniendo al qué dirán un miedo horrible,  
duda, observa, medita, y meditando  
si alguna acción perjura  
es posible en Marcela ó no es posible,  
consigo mismo á intervalos hablando  
á media voz monólogos murmura,  
que esta es la presunción inevitable  
de una lógica impura:  
mujer posible, es tentación probable;  
mujer probable, es tentación segura.

## V

Pero ¿qué causa había  
para dudar de honor tan acendrado?  
No sé por qué sería;  
mas debo confesar, como hombre honrado,  
que todo el mundo en el lugar sabía  
que Marcela tenía  
un precioso lunar en un costado;  
lunar que, oculto, era una hermosa gloria,  
pero que, ya sabido y comentado,  
fué el principio terrible de una historia;  
historia que fué en cuento convertida,  
y hecho el cuento después noticia grave,  
siempre á Marcela unida  
la siguió todo el resto de su vida.  
¿Adrede ó sin querer? Nadie lo sabe.  
Sólo es cosa sabida  
que, en el flujo y reflujo de la vida,  
para cualquier galán, aun siendo hidalgo,  
saber que hay un lunar, ya es saber algo;  
y al contarle, del modo más sencillo,  
la noticia primero corre y corre...  
y después sube y sube...  
y así sobre el lunar se alza un castillo,  
y sobre éste después se alza una torre...  
la torre se circunda de una nube,  
y, deshecha en torrentes,  
la nube arrastra un nombre por el lodo,  
nombre que infaman las odiosas gentes  
que, siempre maldicientes,  
encuentran algo que decir de todo.

Por eso Jorge, con el alma herida,  
siente un tósigo arder en sus arterias;  
pues, más que en desengaños, en la vida  
consisten en las dudas las miserias;  
y siempre receloso,  
el desdichado esposo  
tornando á su dolor no halla la calma,  
pues vuelve al fin, cuando se está celoso,  
como á la playa el mar, la pena al alma.

## VI

Teniendo ya Marcela, casi loca,  
una arruga imborrable entre las cejas,  
y pálida, además, aquella boca  
que engañaba en el campo á las abejas,  
en una idea fijo  
su, hasta entonces, espíritu perplejo,  
—Entre la muerte y la deshonra— dijo —  
¡morir!— y del gran trágico al consejo,  
más de virtud que de arrogancia llena,

á la muerte después marchó serena;  
porque ninguno sabe  
la abnegación magnánima que cabe  
en una alma sencilla, honrada y buena.

## VII

A Marcela, el esposo enamorado  
sin quererla matar como un malvado,  
la deja que se muera poco á poco.  
Pero, Jorge ¿es un loco?  
Es que la ama tan mal el desdichado,  
que, hablándola una noche de ese modo  
con que habla siempre el que no sabe nada,  
le dijo de improviso:— ¡Lo sé todo!—  
Pero ella, hasta los ojos colorada,  
le replicó con sencillez honrada:  
— ¡Mientes! ¡mientes! ¡y mientes!... —  
Y al decirlo en tres tonos diferentes,  
se elevó á la expresión de una inspirada.

## VIII

Llora un día Marcela... y de repente,  
con ceño entre las cejas permanente,  
coge un vaso con mano temblorosa,  
y fija ante una idea tenebrosa,  
pidiendo á Dios perdón alzó la frente,  
y, después de beber no sé qué cosa,  
con un aire sublime de paciencia,  
mirando á su marido,  
que matarse la ve con indolencia  
como un juez por el opio adormecido,  
— ¡Adiós!— le dice — ¡adiós! Como no puedo  
dejar de amar lo que olvidar quisiera,  
en prueba del perdón que te concedo  
pediré á Dios por tí cuando me muera. —  
Y hablando de esta suerte,  
por el mortal licor desvanecida,  
sintiéndose morir ve que es la muerte  
mucho menos terrible que la vida.  
Ya fría y con los labios azulados,  
fué adquiriendo por uno de sus lados  
su boca esa angustiosa curvatura  
con que un sabio marcó los desahuciados.  
Y sin alzar más queja,  
y en secreto llorando,  
su voz se fué apagando  
cual la voz de un viajero que se aleja:  
los grandes ojos, que abre enajenada,  
algo invisible en contemplar se aferran:  
su sien deja caer sobre la almohada,  
y ven sus ojos, que al morir se cierran,  
antes luz, después sombra y luego nada.

## IX

Marcela, virtuosa y sin consuelo,  
murió así; pero Dios está en el cielo:  
y Jorge, tan celoso como amante,  
no templando la muerte sus enojos,  
el cabello apartó de aquel semblante:  
no la dió un beso, la cerró los ojos;  
y mientras en tal día,  
con mezcla de pesar y de alegría,  
de su deshonra, que juzgaba cierta,  
el término veía,  
¡una lágrima fría  
corrió por el semblante de la muerta!

## X

Por vergüenza, y por orden del esposo,  
en la fosa común después fué echada.  
¡De este modo el celoso  
perder hizo en la sombra ilimitada  
el cuerpo más hermoso  
de la mujer más buena, que muriendo  
olvidó sus agravios,  
y noble, á su verdugo bendiciendo,  
como las santas expiró, teniendo  
el perdón en el alma y en los labios!

## CANTO SEGUNDO.—ERA MENTIRA

## I

No hay en la vida modo  
de guardar un secreto;  
que el tiempo, ese grandísimo indiscreto,  
acaba al fin por revelarlo todo;  
y por eso hoy, sin discreción, revela  
que, cuando era Marcela  
la pequeña mimada de la casa,  
su cuerpo entero hizo pintar su abuela  
cubierto con el velo de una gasa;  
pero Jorge el esposo  
nada de esto sabía,  
hasta que el triste, de la abuela un día  
recibió aquel retrato misterioso  
envuelto en un papel que así decía:  
«Por si esto te consuela—  
la abuela le escribía—  
te remito el retrato de Marcela  
de cuando era muy niña todavía.»  
Mira Jorge el retrato, y ve un querube  
que á través de una tela trasparente  
se destaca gentil y sonriente  
como el Amor que sale de una nube;

y á Marcela contempla que, hechicera,  
un pintor de la escuela sevillana  
la retrató con luz de la mañana,  
lo mismo exactamente que si fuera  
la Asunción de Murillo en carne humana:  
y entre la luz sombría  
de burbujas de gasa como espuma  
que á la niña cubría,  
en un lado un lunar se traslucía  
en lo interior de una sagrada bruma;  
bello lunar, fatal para Marcela,  
pues fué á propios y extraños,  
*Urbi et orbi*, enseñado por su abuela,  
candorosa mujer de sesenta años.

## II

Cuando Jorge, aterrado,  
vió esta ventana abierta de repente  
que arrojaba una luz tan refulgente  
sobre el cuerpo de un ser idolatrado,  
ante el lunar fatídico, suspira,  
pensando en su injusticia del pasado;  
y los ojos con saña,  
como buscando un arma, en torno gira;  
pues claro ya por el retrato mira  
que es más vil la calumnia que con maña  
injerta en la verdad una mentira,  
y ve cómo la ruín maledicencia,  
dibujando en lo noble lo execrable,  
de Marcela adorable  
tendió sobre la cándida inocencia  
esa niebla sutil de lo probable,  
niebla que, ora subiendo, ora bajando,  
se espesa poco á poco, y, desplegando  
el imperio terrible de la sombra,  
por su interior impuros circulando,  
de la humilde virtud hacen alfombra  
para verter sobre ella su veneno  
los monstruos de las sombras y del cieno!

## III

¡Sí! ¡sí! Cuando contempla de Marcela  
aquel bello lunar en el costado,  
maldice, enamorado,  
el funesto capricho de su abuela:  
pues ve ya claro que en la humana vida  
va la calumnia á la virtud asida  
como al olmo la hiedra,  
que crece luego al viento, y desprendida,  
con savia, en los alientos recogida,  
se alimenta, se agranda, crece, medra,  
y el aire en ondas repetidas hiende,  
como el agua en que cae alguna piedra  
en círculos concéntricos se extiende!

## IV

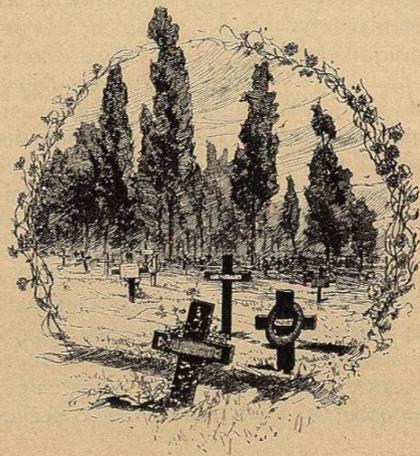
Y esta vez, por lo menos, razonable  
reconoce, sus dudas recordando,  
que un celoso es un ser insoportable;  
y de pronto, soltando  
de su dolor el dique,  
con inmensa ternura contemplando  
aquella atroz calumnia echada á pique,  
besa con arrebató  
de Marcela el retrato,  
y con la fe de un alma visionaria  
mira al cielo un gran rato,  
como el que hace á una santa una plegaria;  
y piadoso una vez y otra irascible,  
pide perdón con humildad terrible  
á la esposa inocente,  
aquella á quien rodeó constantemente  
la vaga hostilidad de algo invisible;  
á aquella esposa, de honradez modelo,  
que, si él tal vez la asesinó celoso,  
seguro está que á cuantos van al cielo  
pregunta con afán si es muy dichoso.

## V

Al volver Jorge en sí, no ve siquiera  
que había encanecido en una hora,  
y mira en derredor como una fiera,  
y al verse solo, se maldice y llora;  
se retuerce las manos, y con ellas  
se cubre una y mil veces el semblante.  
¡Oh tú, Marcela amante,  
que con divinos pies los astros huellas,  
bien vengada estarás, si en este instante  
desde lo alto le ves de las estrellas!

## VI

Y ya de rabia y de amargura lleno,  
volviendo á ser tenaz, conciso y frío,



si la dicha primero le hizo bueno,  
la desdicha después le volvió impío;  
pues desde el día aquel, siempre que advierte  
que algún impuro aliento  
suelta una chanza al viento  
que ni encanta, ni ilustra, ni divierte,  
y que la chanza en dicho se convierte,  
se transforma después el dicho en cuento,  
este en calumnia y la calumnia en muerte,  
mirando al cielo, exclama inconsolable:  
— ¡Señor! ¿en dónde está tu Providencia? —  
¡Es, por Dios, una cosa abominable  
lo que el cielo consiente en la apariencia!

## VII

El desdichado esposo  
pide el olvido al sueño, pero en vano;  
y como el buen celoso  
coge cizaña aunque se siembre grano,  
cruzando el cementerio eternamente  
tras el cuerpo inocente  
de una mujer tan buena,  
inquieta, busca... pero inútilmente  
de tumba en tumba va como alma en pena,  
porque aquella calumnia tenebrosa  
de ella pesó también sobre la losa;  
pues Marcela, ya muerta y deshonrada,  
en la fosa común siendo lanzada  
como una mala esposa,  
fué por siempre perdida,  
tan infeliz en muerte como en vida.  
¿Hubo en la tierra un ser más desdichado?  
¡Después que fué su nombre calumniado,  
siguiéndola hasta el fin su mala suerte,  
su cuerpo fué perdido y nunca hallado!...  
¡El rayo á la calumnia comparado,  
es comparar al sueño con la muerte!



## DON JUAN

POEMA EN DOS CANTOS

Al más constante de mis amigos Don Ezequiel Ordóñez

## CANTO PRIMERO

## LAS MUJERES EN LA TIERRA

## I

Cuando el Don Juan de Byron se hizo viejo,  
pasó una vida de aprensiones llena  
mirándose la lengua en un espejo,  
prisionero del reuma en Cartagena.

Este gran desertor de las orgías  
conoce, al fin de sus postreros días,  
que, conforme envejece,  
sin ser más respetable, es más risible,  
porque es lo más alegre, en lo terrible,  
ver un antiguo Adonis que encanece;  
y, aunque viejo, es un viejo tan amable  
que, hablando sin rebozo,  
aun después que acabó de ser buen mozo,  
todavía es un tonto razonable;  
y si tomando del placer consejo,  
la juventud de su vejez prorroga,  
y cree como de joven, siendo viejo,  
que tiene la virtud algo que ahoga,  
este hombre, libertino á sangre fría,  
que jamás se mató por sus pasiones,  
soporta con más pena cada día  
el miedo que le dan las sensaciones:

y, ansiando bienes y esquivando males,  
se parapeta sólo en su egoísmo  
y se hace el más feliz de los mortales,  
perdiendo por lo mismo  
de condenarse por amor las ganas,  
pues, después que se extinguen las pasiones,  
yo he visto sorprendentes conversiones  
á la verdad y á la virtud cristianas.

## II

Como era el caballero  
franco por genio y por carácter doble,  
aunque era, en mi opinión, un bandolero,  
solía ser un bandolero noble;  
y, como hombre colmado  
de cien felicidades por lo menos,  
siendo, cual buen galán afortunado,  
falaz despreciador que dice amores,  
por quedar como bueno entre los buenos  
se quiso despedir con cuatro flores  
de algunas cuyos nombres no ha olvidado;  
é hilvanando recuerdos mal cosidos,  
con poca fe y escaso sentimiento,  
(porque aquel gran rival de los maridos  
cultivó demasiado sus sentidos  
para ser muy sensible al pensamiento),  
un borrador trazó con mil ternuras,